

WOLFRAM VON ESCHENBACH

PARZIVAL

Edición a cargo de Antonio Regales

Epílogo de René Nelli

 **Siruela**

Tiempo de Clásicos

Introducción

Antonio Regales

El *Parzival*, de Wolfram von Eschenbach, es un excelente ejemplo del interés que suscita la Edad Media para el hombre de nuestros días. Con el *Fausto*, de Goethe, y el *Cantar de los Nibelungos* constituye uno de los principales mitos de la cultura alemana. Del interés que suscitó en su tiempo nos hablan los más de 80 manuscritos conservados (16 de ellos completos), algo inaudito para una obra medieval en una lengua vernácula. También fue uno de los primeros libros editados por la imprenta (1477), una de las primeras obras medievales traducidas (por Johann Jakob Bodmer, en el siglo XVIII) y uno de los primeros textos editados con criterios modernos (por Christian H. Myller, en 1784, y, ya críticamente, por Karl Lachmann, en 1833). No obstante, a pesar de la ingente bibliografía que se le ha dedicado desde las más diversas ramas del saber, sigue guardando celosamente muchos de sus principales misterios.

Nada sabemos seguro de Wolfram von Eschenbach, que no es citado en ningún documento fuera de su propia obra. Suele aceptarse que nació en la pequeña ciudad que hoy se llama Wolframs-Eschenbach (Franconia). Allí tenían posesiones los condes de Wertheim, citados en el *Parzival*. La lengua de la obra es francón central, con elementos bávaros. Según la *Ehrenbrief* (1462) del poeta Jakob Püterich von Reichertshausen, en Eschenbach se encontraba por entonces su tumba, algo que

confirma también en 1608 un ciudadano de Nuremberg llamado Hans Willhelm Kreß. Pero parece probable que esa tumba fuera inventada por los señores de Eschenbach, familia de la baja nobleza que aparece documentada a partir de 1268, en época de la mayor fama de nuestro autor. Algunos conceden mayor importancia a un pasaje en el que Wolfram se cuenta entre los bávaros, y le asignan ese origen.

Por complejos razonamientos de cronología comparada entre varios autores medievales, junto con algún dato histórico que figura en su obra, se suele fijar la vida de Wolfram entre 1170 y 1220, y la elaboración del *Parzival* entre 1200 y 1210.

Aunque se suele decir que Wolfram era noble, no hay datos precisos sobre su adscripción estamental. En el famoso *Códice Manesse*, que recoge lo esencial de la poesía lírica alemana medieval, figura ciertamente con un blasón (con dos hachas verticales), pero ese código procede del siglo XIV, cuando el autor del *Parzival* ya era leyenda. Algunos de los mejores conocedores de Wolfram no consideran determinante su frase, en el segundo libro del *Parzival*, «schildes ambet ist mîn art», que parece significar «propio de mi ser es el oficio de las armas», y no «soy por nacimiento un caballero», como ha solido entenderse tradicionalmente.

Aunque a un autor tan irónico y caprichoso como Wolfram casi nunca hay que tomarlo al pie de la letra, es probable que, según nos cuenta, los ratones no tuvieran mucho que comer en su casa. La propia vida del escritor era entonces particularmente difícil, pues la adquisición del manuscrito fuente, el pergamino, la tinta, las copias o las pizarras de cera costaba mucho. Hasta Jean Paul, en el siglo XIX, los escritores dependían en Alemania de la generosidad de los mecenas. Después se enfrentaron con la dura realidad del mercado. Entre los probables mecenas de Wolfram cabe destacar al conde Hermann de Turingia (citado en el *Willehalm*), a uno de los barones de Durne y a uno de los condes de Wertheim.

Además del *Parzival*, Wolfram escribió dos obras narrativas en verso. El *Willehalm* trata del encuentro del cristianismo y el paganismo en el sur de Francia; el *Titurel*, de una historia de amor que termina trágicamente. De su producción lírica se

conservan cinco albas y cuatro canciones de amor, todas ellas en el estilo propio del autor.

La educación de Wolfram fue discutida mucho tiempo. La expresión del *Parzival* «ine kan decheinen buochstap» fue tomada literalmente por muchos («yo no sé ni una letra»), con lo que convirtieron a nuestro autor en *analfabeto*.

En realidad, Wolfram tiene una cultura amplia, aunque autodidacta. Ello no quiere decir, por el otro extremo, que todos los ingredientes de teología, derecho, geografía, historia, astronomía, magia, botánica, mineralogía, etc., que aparecen en el *Parzival*, supongan unos conocimientos sólidos en esos campos. Más bien parece que se trata de conocimientos de segunda mano o de ideas recibidas del clérigo asesor de la corte. Por lo demás, Wolfram se siente con razón orgulloso de su oficio de poeta.

En cualquier caso, nuestro escritor dominaba suficientemente el francés y, quizá, también el latín. Muchos de los *errores* que se le han atribuido en la traducción de la fuente francesa no lo son en realidad, sino que buscan determinados rasgos estilísticos y efectos en sus oyentes (creación verbal, dislocación de los nombres, efectos grotescos o cómicos). Y muchos errores ciertos son comunes en la época, pues no existían diccionarios para poder evitarlos.

En conexión con el problema de la formación de Wolfram está el de las fuentes del *Parzival*.

Wolfram conoce muy bien las obras de Heinrich von Veldeke, Hartmann von Aue y Walther von der Vogelweide, a los que cita expresamente. También demuestra conocer la *Kaiserchronik*, el *Straburger Alexander*, el *Tristrant*, de Eilhart von Oberg, el *Cantar de los Nibelungos* y la poesía de Reimar. Es evidente que conocía también el *Rolandslied*, el *Eraclius*, de Otte, y la enciclopedia denominada *Lucidarius*. Por ciertas alusiones, cabe imaginar que tampoco desconocía otras obras de la literatura alemana de su tiempo. Por otro lado, Wolfram utiliza las obras de Chrétien de Troyes (*Perceval*, *Erec et Enide*, *Lancelot*, *Cligés*), así como otras de la literatura francesa medieval (en particular, el *Roman de Thèbes*, *Athis et Prophilias*, *Tristan*, de Tomás de Bretaña, y *Roman de Brut*, de Wace).

El problema principal de las fuentes es que Wolfram se distancia expresamente de Chrétien y cita en seis ocasiones al provenzal Kyot como fuente *verdadera*. Flegetanis, un investigador pagano, habría escrito el manuscrito en árabe, que Kyot habría hallado en Toledo. Ahora bien, todos los esfuerzos por encontrar un Guiot o Guizot semejante han resultado baldíos, por lo que dentro de la Filología Alemana predomina hoy la idea de que se trata de una invención de Wolfram, quizá para defenderse de la fama, que le atribuían sus contemporáneos, de poeta *demasiado libre* en el seguimiento de las fuentes.

La fuente principal del *Parzival* es el *Perceval le Galois* o el *Conte du Graal*, de Chrétien de Troyes, que consta de 9.234 versos y carece de final. Con sus 24.810 versos el *Parzival* constituye una de las obras más extensas de la literatura medieval alemana y se distancia notablemente del texto francés. La obra de Wolfram no es una *versión libre* de la de Chrétien, sino una obra *nueva*, que puede y debe estudiarse también como una obra *autónoma*. Con razón se considera a Wolfram como uno de los autores más originales de la Edad Media. Las propias fuentes de Chrétien son básicamente desconocidas, aunque se piensa que se sirvió del material céltico transmitido por recitadores franceses. Wolfram aumenta unos episodios, acorta o suprime otros y añade algunos totalmente nuevos. También cambia los nombres y los caracteres de los personajes. El *Perceval* es para él como un *guión*, a partir del cual escribe su propia obra. Los contenidos principales que toma de Chrétien son la dualidad del mundo artúrico y del Grial y la dualidad de los protagonistas (Gawan y Parzival). Las diferencias principales están en la pintura de los caracteres, en la reflexión filosófica, religiosa y política y en el estilo.

No se sabe si Wolfram utilizó algún texto francés para completar lo que falta en la narración de Chrétien (el final y los antecedentes de la historia). Sí parecen advertirse influencias de la propia literatura alemana. Por ejemplo, en los dos matrimonios de Gahmuret podría haber recibido la idea de la *Eneida*, de Heinrich von Veldeke. Las fuentes latinas —*Liber lapidum*, de Marbod, *Polihistor*, de Solino, y la *Crónica* de Guillermo de Tiro— probablemente solo llegaron a él por divulgaciones o por asesoramientos.

En cuanto a la forma de trabajo, lo más probable es que Wolfram escribiera (o dictara para que escribiera otro) en pizarras de cera y que un escriba pasara luego los versos al pergamino. Hay razones formales para creer que se utilizaban pizarras de 30 versos.

Para comprender la originalidad del *Parzival* en toda su extensión es preciso confrontarlo, siquiera brevemente, con las otras obras de la literatura precortesana y cortesana alemana.

El marco histórico (aproximadamente desde 1170 a 1230) es sumamente agitado. Es el mejor reflejo de la llamada *anarquía feudal*. Rige ampliamente el derecho del más fuerte. La sociedad está sumida en una grave crisis política y religiosa. Los emperadores alemanes tratan de imponer su dominio frente a los señores territoriales y frente al papado, que pretende a menudo el poder universal. Frente al poder de la Iglesia, cada vez más secularizada, se producen movimientos de seglares que pretenden volver a las raíces del cristianismo y hablar directamente con Dios, sin intermediación de la Iglesia. También aparecen sectas, como las de los cátaros o los valdenses, que minan el propio edificio teológico de la Iglesia. Las cruzadas proporcionan una nueva y más tolerante visión de las sociedades paganas.

En ese contexto la literatura alemana precortesana y cortesana cumple una función muy distinta a la de la etapa anterior. Si antes era un privilegio de los clérigos y se nutría principalmente de los textos religiosos, ahora es un exponente de las pretensiones culturales de la nobleza feudal. En una época de crisis, se trata de presentar un *programa*, un *ideal*, por utópico que parezca. En la práctica, esta literatura, originariamente promovida por la baja nobleza, acabó por presentar un modelo atractivo para todos los nobles y para el propio emperador. Si bien se mira, se trata de una literatura «didáctica», al servicio de los intereses de la nobleza feudal. El caballero, con todas sus virtudes, era algo que los nobles debían imitar. Era como un espejo que se oponía a la triste realidad de aquel entonces.

Pero antes de que aparezca este tipo de héroe en la literatura clásica cortesana, tenemos otros modelos. El héroe de las leyendas de santos es un modelo de comportamiento religioso. El héroe de la literatura precortesana —el del *Rolandslied* o el del

König Rother, por ejemplo— se diferencia aún bastante del de la literatura cortesana. Es cierto que tiene ya algunas características similares, como las virtudes guerreras o la fuerza del amor, pero se diferencia, con todo, esencialmente de él. Además de ser más refinado y estar más orientado al mundo terrenal, el héroe cortesano lucha por metas *individuales*, no para realizar la idea de poder de un soberano. No se trata ahora, como antes en el *Rolandslied*, de cumplir los designios de Dios convirtiendo por la fuerza a los españoles, paganos y de costumbres libidinosas, con lo que se legitimaban las ambiciones imperialistas de Carlomagno y sus sucesores, sino de conseguir la gloria y la felicidad de cada cual.

Chrétien o Hartman von Aue (*Erec*, *Iwein*) no presentan un héroe perfecto desde el principio, sino un protagonista que, a través de unas aventuras y de unos conflictos personales, va convirtiéndose en ese héroe. El rey Arturo es solo *primus inter pares*. Su corte no es prestigiosa por su poder ciego y absoluto, sino por el prestigio individual alcanzado por sus miembros.

En el *Parzival* el mundo del Grial se opone esencialmente al de la Tabla redonda. Es un mundo *superior*, como se evidencia en que Gawan, representante del mundo artúrico, es secundario respecto a Parzival y en que este, después de ingresar en la Tabla redonda, dirige todos sus esfuerzos a culminar su vida ingresando en la comunidad del Grial.

Mientras que en el *Erec* y en el *Iwein* solo se ofrece una *humanización* de los usos y abusos de la nobleza, y prácticamente sin problemática religiosa, en el mundo del Grial, tal como lo pinta Wolfram, se encuentra toda una respuesta, aunque utópica, a los grandes problemas de su tiempo. Se defiende aquí la idea de un imperio fuerte, cuya función sería asegurar la justicia y la paz, y la de una sociedad secularizada, en la que los ciudadanos hablan directamente con Dios sin pasar por el tamiz de la Iglesia.

La sociedad del rey Arturo es al principio caótica y adquiere su máximo prestigio tras la victoria de Gawan en la aventura del Schastel Marveile. Arturo funciona entonces en su verdadero papel: como conciliador. La comunidad del Grial tiene en común con la de la Tabla redonda el boato, la educación y

el código caballeresco. Pero la diferencia es esencial, pues la comunidad del Grial está dirigida directamente por Dios, que manifiesta su voluntad en las inscripciones del propio Grial. Wolfram parece haberse inspirado aquí en los templarios, a los que les estaba prohibido entonces el amor a la mujer. El principio del Grial no es la *aventura*, como en la Tabla redonda, sino la *humildad*, como en muchos movimientos religiosos de la época.

Muy llamativa también es la ausencia de la Iglesia en el *Parzival*. No se nos llega a decir si Parzival es bautizado y educado cristianamente por su madre, que ni siquiera le ha explicado en un principio quién es Dios. Los matrimonios se realizan en el lecho, no en la iglesia. Y así podríamos seguir aportando ejemplos. No obstante, la cuestión religiosa es tan esencial para la obra como lo era para la sociedad de su tiempo. Se trata, sencillamente, de ese otro tipo de sensibilidad religiosa a la que hemos hecho referencia.

Especialmente controvertido ha sido también el tema de la culpa o del pecado de Parzival, un tema, como tantos otros en la investigación de la obra, particularmente difícil. La culpa principal de Parzival es no haber hecho a Anfortas la pregunta sobre su salud. Visto teológicamente, sin embargo, esto no era un *pecado mortal*, entre otras cosas porque no había consciencia de actuar mal. Este requisito falta incluso en otros casos llamativos, como en la muerte de su pariente Ither, que recuerda el mito de Caín y Abel, o en la muerte de su madre, que no puede resistir la idea de que Parzival quiera ser caballero. Hay quien, no obstante, ha visto en la omisión de la pregunta un pecado contra la caridad cristiana. Otros se inclinan por una falta contra la fidelidad feudal. Hay quien pone el acento en el odio contra Dios que manifiesta Parzival. Otros ven la culpa, más bien, en la muerte de Ither, que va en contra del código de la caballería. Por mi parte, creo que en las culpas de Parzival se dan, en distinto grado, tres ingredientes: primero, la culpa general del hombre, heredada del pecado de Adán (no por casualidad le habla de ella Trevrizent); segundo, la ignorancia (especialmente llamativa en la juventud); y, tercero, las transgresiones de hecho, religiosas y del código ético

de la caballería. Chrétien se centra en la aventura religiosa y deja en segundo plano la caballeresca. Aunque al faltar el final del *Perceval* no sabemos cómo resolvería el conflicto entre el hombre religioso y el caballero, algunos de sus sucesores se inclinaron por la victoria del comportamiento religioso: el reino de Arturo acaba destruido por sus pecados. Wolfram, sin embargo, propone una armonía entre los dos tipos de comportamiento.

El amor es en Wolfram el hilo conductor de todas las aventuras. Pero el amor produce también conflictos, odios, violencias, guerras, muertes. El amor puede ocasionar no solo la muerte del individuo, sino de toda la sociedad. Para evitarlo, el amor debe configurarse como una expresión enriquecedora de la fidelidad. Cuando el amor no es *correcto*, se producen graves desarreglos personales y sociales. El ejemplo principal es el del rey Anfortas, que ama a una doncella en contra de lo establecido por Dios. El amor es de suyo tan fuerte que puede restablecer el orden de las sociedades trastocadas por un amor pervertido. Parzival y Gawan tienen como tareas ese restablecimiento del buen orden social, que es el querido por Dios.

Muy original es Wolfram también en la atención que presta al parentesco, que convierte en algo fundamental de la obra. La mayoría de los incontables personajes del *Parzival* son parientes. Sin embargo, se establecen claras prioridades: los linajes de Titurel, primer rey del Grial, y Mazadan confluyen solo en Parzival. También se advierte que la línea padre-hijo aparece a menudo perturbada (Arturo pierde a su único hijo; Parzival y su hermano Feirefiz crecen sin padre, etc.). Con frecuencia los parentescos se descubren tarde (por ejemplo, cuando Parzival mata a Ither o cuando lucha con Feirefiz). Cuanto más se sabe de los parientes, mejor se comprende uno mismo. En otro sentido, algunos parientes (como Feirefiz para Parzival) funcionan psicoanalíticamente como proyecciones del propio yo (la lucha contra Feirefiz es la lucha de Parzival consigo mismo).

En conexión con esto desearía apuntar otro rasgo singular del *Parzival*, que contribuye también a su *modernidad*: el profundo respeto al paganismo. No solo se trata de episodios aislados,

sino de que la obra en su conjunto propone un modelo ideal de sociedad (utópica) en la que los cristianos y los paganos viven en armonía y tolerancia. Oriente y Occidente quedan subsumidos en esa sociedad universal, regida inmediatamente por Dios y orientada a conseguir el orden, la justicia, la paz y el bienestar de todos los súbditos. En la sociedad del *Parzival* los cristianos y los paganos tienen los mismos derechos. Esta igualdad de derechos queda concretada y realzada al ser hermanos el cristiano Parzival y el pagano Feirefiz. Oriente y Occidente tendrían el mismo tipo de sociedad feudal, la misma cultura y la misma ideología. Es cierto que, al bautizarse Feirefiz y extender el cristianismo en Oriente, Wolfram parece pensar que la unidad futura se hará bajo el cristianismo; pero ello no quita nada a la idea de tolerancia que distingue a toda la obra. Es el amor fraternal entre Parzival y Feirefiz —y no la Iglesia, siempre ausente— el que simboliza la nueva sociedad universal tolerante. Incluso en el duelo entre los dos hermanos resulta vencedor en todos los sentidos el pagano Feirefiz, algo impensable en la literatura de aquel tiempo.

Wolfram tiene un estilo sumamente peculiar. En realidad, en el *Parzival* hay dos planos de la narración. El autor no se conforma con contar cosas, sino que interviene con comentarios, noticias y apelaciones al oyente, que queda perfectamente implicado en los hechos. Wolfram cambia a menudo bruscamente de plano. Le gusta sorprender, romper la monotonía. El elemento cómico le sirve también para dar vivacidad al relato. Es un prototipo del narrador *omnisciente*, que domina toda la narración y sabe engarzar sabiamente las aventuras y los temas y motivos del relato. Wolfram es famoso, por otro lado, por su oscuridad y por su constante juego con el lenguaje. En ninguna otra obra de la literatura alemana se siente el traductor tan desamparado, a pesar de la ingente bibliografía. Wolfram es tan peculiar en el uso del lenguaje, tan oscuro, tan caprichoso y tan elíptico, que a menudo no se sabe a ciencia cierta lo que de verdad quiere decir. Lo que el traductor lamenta es, sin embargo, otro rasgo positivo de originalidad que contribuyó a enriquecer decisivamente la expresión literaria en alemán.

En resumen, el *Parzival* alumbra incontables caminos que forman parte no solo de la conciencia del hombre medieval, sino también de la del hombre en general y de la de nosotros mismos en particular. Las incontables *aventuras* de la obra son, en última instancia, los esfuerzos por construir nuestro propio *yo* y por conocernos mejor.

Nota sobre la traducción

La traducción se basa en la edición crítica de Karl Lachmann (1833), en su sexta y séptima ediciones (1926 y 1952, respectivamente). Se ha mejorado, sin embargo, con algunas pequeñas correcciones de la crítica especializada, en particular las de la edición de Eberhard Nellmann (Fráncfort del Meno 1994).

En esta primera traducción al castellano se han tenido en cuenta la bibliografía especializada, de la que se recoge aquí solo una pequeña muestra, y las traducciones a otros idiomas, si bien ha primado siempre la amorosa dedicación y el fiel respeto al texto original.



120

Wolfram von Eschenbach,
Códice Manesse (s. XIV), fol. 149.

Parzival

Libro primero

Si la desesperación anida en el corazón, nacerá amargura en el alma. Si se unen, como los dos colores de la urraca, el ánimo inamovible del hombre y su contrario, todo será a un tiempo laudable y deshonroso. Este puede estar contento, pues el cielo y el infierno forman parte de él. El inconstante está teñido de negro y termina en el negro color del infierno. En cambio, quien se rige por la constancia se guía por el luminoso color del cielo.

Este ejemplo alado de la urraca parecerá demasiado rápido a los necios, pues no captan su verdadero sentido: se les escapa como una liebre asustada. Sucede como con el espejo y la falsa imagen del mundo que tiene el ciego: ofrecen una imagen fugaz, sin nada detrás. Su turbia luz es inconstante y causa una efímera alegría. Quien me quisiera afeitar la palma de la mano, donde nunca ha crecido un cabello, tendría que hacerlo desde muy cerca y ser muy avisgado. Si entonces gritara yo de miedo «¡ay!», eso dejaría claro cuál es mi inteligencia. ¿Quiero encontrar la fidelidad precisamente allí donde esta puede desaparecer, como el fuego en la fuente y el rocío en el sol?

Aún no he conocido a un hombre juicioso que no quisiera saber qué sentido profundo tiene esta historia y qué buena doctrina ofrece. La historia es incansable en lo siguiente: tanto huye como acosa, retrocede como contraataca, conduce a la

deshonra como a la honra. A quien domina estas suertes su entendimiento le ha guiado bien. No se quedará sentado, ni errará el camino, ni acertará a desenvolverse bien en cualquier otro lugar del mundo. El ánimo desleal con el prójimo conduce al fuego del infierno y destruye toda buena fama como si fuera granizo. La confianza que ofrece ese ánimo tiene una cola tan corta que no puede evitar la tercera picadura cuando los tábanos caen sobre ella en el bosque.

Estas distinciones no solo van destinadas al varón. A las mujeres les fijo las siguientes metas: la que quiera oír mi consejo tiene que saber a quién dirige su alabanza y su honra, y a quién ofrece después su amor y su virtud, para que más tarde no se arrepienta de su castidad y fidelidad. Pido a Dios que las mujeres honradas sigan siempre la justa medida. La castidad es la corona de todas las virtudes. No necesito pedir para ellas mayor felicidad.

La mujer falsa consigue una falsa celebridad. ¿Cuánto dura una fina capa de hielo cuando recibe el sol de agosto? Con la misma premura se desvanecerá su prestigio. La belleza de muchas mujeres es celebrada por doquier. Pero si su corazón es falso, comparo su valor con el de unos añicos de vidrio engastados en oro. Y, al contrario, no tengo por ninguna mendacidad el que alguien engaste un noble rubí en humilde latón con todos sus misteriosos poderes mágicos. Con esto último comparo a la verdadera mujer. Si ella hace justicia a su feminidad, no la juzgaré ni por su color externo ni por la envoltura visible de su corazón. Si tiene un noble corazón dentro de su pecho, no se le negará el premio de un immaculado prestigio.

Si quisiera tratar detenidamente a la mujer y al hombre —como bien podría hacerlo—, necesitaría una larga narración. Oíd entonces esta historia, que os hablará de amor y de sufrimiento: la alegría y las cuitas van de la mano. Suponed que yo fuera tres personas y que cada una hiciera por su cuenta lo que soy capaz de hacer por mí mismo: aun entonces se necesitaría una extraordinaria fantasía y un gran esfuerzo para contaros entre los tres lo que os voy a contar yo solo.

Os voy a contar con voz nueva una historia que habla de inquebrantables fidelidades, de la verdadera feminidad de una

mujer y de la virilidad del hombre que nunca se doblegó ante ninguna dificultad. Dondequiera que luchó, no lo dejó abandonado su corazón. Era como forjado de acero y consiguió en victoriosos combates muchos títulos de gloria. Era valiente y tardó en adquirir la experiencia de la vida. Saludo al héroe, a quien miraban dulces los ojos de las mujeres, cuyos corazones llenaba de añoranza, y quien cuidadosamente huía de toda mala acción. El que he elegido como héroe de esta historia, y a quien sucederán tantos portentos, no ha nacido aún en este punto de mi narración.

Rige hoy, como antes, donde impera e imperaba el derecho de sucesión francés (también sucede en algunos territorios alemanes, como sabéis), el principio de que quien rige el destino del país pueda disponer sin avergonzarse (es cierto, aunque parezca extraño) que toda la herencia del padre la reciba el hermano mayor. Para los hermanos menores era una desgracia que la muerte del padre los privara de los bienes que disfrutaban cuando este aún vivía. Antes compartían lo que ahora poseía solo el mayor. Un sabio estableció que la vejez debe ir acompañada de bienes, pues la juventud tiene muchas excelencias; la vejez, suspiros y penas. Nunca ha habido nada peor que la vejez y la pobreza. Según mi sincera opinión, que los reyes, condes y duques queden desheredados, excepto los hijos mayores, es un uso muy extraño.

Gahmuret, el valiente pero comedido héroe, perdió así los castillos y el país en el que su padre había llevado esplendorosamente cetro y corona, con un gran poder como rey, hasta que cayó muerto en un combate caballeresco.

Se le lloró mucho, pues se había distinguido hasta su muerte por su sentido del deber y por su buen nombre. Su primogénito convocó ante sí a todos los príncipes del reino. Llegaron estos como convenía a unos caballeros, pues esperaban con razón conseguir de él grandes feudos.

Oíd lo que hicieron cuando llegaron a la corte y se les reconocieron sus pretensiones de recibir los feudos. Según les aconsejaba su lealtad, toda la asamblea, ricos y pobres, elevó la petición, modesta pero decidida, de que el rey mostrara a Gahmuret su mayor amor fraternal y se honrara a sí mismo

no desheredándolo por completo, sino dejándole un predio, de modo que se pudiese ver que el noble señor podía vivir conforme a su alcurnia y a su estamento libre. El rey se mostró de acuerdo y dijo: «Sabéis pedir con mesura: os concedo esto y más aún. ¿Por qué no llamáis a mi hermano Gahmuret de Anjou? Anjou es mi país: seremos llamados ambos por ese nombre». El noble rey prosiguió: «Mi hermano puede contar con mi constante ayuda, mayor que la que ahora rápidamente le prometo. Debe pertenecer a mi séquito. Os voy a demostrar a todos que los dos somos hijos de la misma madre. Él tiene poco, y yo en abundancia: lo repartiré con él para no poner en juego mi salvación ante Aquel que da y quita con pleno derecho».

Cuando todos los poderosos príncipes supieron que su señor obraba con amor de hermano, fue para ellos un día jubiloso. Todos se inclinaron ante él. Gahmuret no permaneció callado por más tiempo, sino que se mostró conforme, siguiendo la voz de su corazón. Amistosamente dijo al rey: «Señor y hermano mío, si quisiera pertenecer a tu séquito o al de algún otro, habría conseguido una cómoda vida. Mirad, no obstante, mi fama, pues sois fiel y experimentado, y dadme vuestro consejo y ayuda para acrecentarla. No tengo más que mi armadura: ¡ojalá hubiera realizado en ella muchas hazañas que me hubieran traído la fama en tierras lejanas, donde se pensara en mí!». Gahmuret continuó: «Tengo dieciséis escuderos, de ellos solo seis con armadura. Concededme además cuatro donceles bien educados y de alta cuna. No dejaré de darles generosamente parte de lo que consiga. Quiero andar por el mundo. También antes he ido a menudo en busca de aventuras. Si la suerte me es propicia, conquistaré el favor de las nobles damas. Si puedo servirles, y soy digno de ello, mi inteligencia me aconseja que lo haga con recta fidelidad¹. ¡Que Dios me indique el camino de la dicha! Una vez fuimos juntos (entonces gobernaba vuestro reino nuestro padre Gandin) y sufrimos muchos penosos avatares por causa del amor. Vos erais caballero y ladrón, pues sabíais servir por amor y ocultarlo. ¡Ay! ¡Ojalá supiera yo también ahora robar amores! ¡Si tuviera vuestra destreza y consiguiera el favor de las damas!».

El rey suspiró y dijo: «¡Qué pena haberte visto! Con tu preocupado comportamiento me has partido el corazón y lo volverás a hacer si te vas. Mi padre nos ha dejado a ambos muchos bienes: te cedo la mitad. Siento gran inclinación por ti. Piedras preciosas, oro rojo, hombres, armas, caballos, vestidos... Coge lo que quieras para obrar a tu antojo y para ejercer tu generosidad. Tu arrojo es extraordinario. Si hubieras nacido en Gylstram² o procedieses de Ranculat³, te tendría, con todo, siempre a mi lado, pues tengo debilidad por ti. Realmente eres mi hermano».

«Señor, me alabáis por necesidad, porque a ello os obliga vuestra noble educación. Ayudadme en la misma medida. Si vos y mi madre queréis repartir conmigo vuestros bienes muebles, mi gloria crecerá y nunca descenderá. Mi corazón, sin embargo, busca las alturas: no sé por qué se excita así, abombando la parte izquierda de mi pecho. ¡Ay! ¿Adónde me lleva mi ansiedad? Lo intentaré, si puedo. Se acerca el día de mi despedida.»

El rey le concedió todo, más de lo que él mismo ansiaba: cinco caballos escogidos y conocidos, los mejores del país, valientes, fuertes, briosos; además muchas preciosas vasijas de oro y numerosos lingotes de oro. Al rey esto no le entristeció nada: llenó a rebosar de piedras preciosas cuatro arcas sobre otros tantos caballos. Los escuderos que se ocupaban de ello estaban hermosamente vestidos y tenían excelentes monturas. Cuando Gahmuret fue hacia su madre y esta lo abrazó muy fuerte, no contuvieron los lamentos. «Hijo del rey Gandin, ¿no quieres seguir a mi lado?», dijo la bondadosa mujer. «¡Ay! Yo te he traído al mundo, y eres también el hijo de Gandin. ¿Está Dios ciego, que no me ayuda, o sordo, que no me escucha? ¿Tendré que padecer nuevas tribulaciones? He enterrado a la fuerza de mi corazón y a la alegría de mis ojos. Si Él me quiere seguir robando, a pesar de ser un justo juez, no es cierto lo que se dice de su ayuda, pues Él, impotente, me ha abandonado.»

Entonces habló el joven señor de Anjou: «Dios os consuele, señora, de la pérdida de mi padre, al que ambos debemos llorar gustosos. De mí nadie os dirá nunca nada que os apene.

Voy a países extraños en busca de aventuras caballerescas para conseguir la gloria. Señora, así tiene que ser».

Entonces dijo la reina: «Puesto que prestas tu servicio y tu ánimo al alto amor cortés, querido hijo, no menosprecies los bienes que te doy para el viaje. Ordena a tus chambelanes que vengan a buscar cuatro pesadas arcas de viaje: en ellas hay grandes pieles enteras, aún no cortadas, y muchas preciosas piezas de terciopelo. Querido hijo, hazme saber el momento de tu regreso: con ello me darás una gran alegría».

«Señora, no sé a qué país llegaré. Vaya a donde vaya, habéis obrado noblemente conmigo, como conviene a la honra del caballero. También el rey se ha despedido de mí de una forma que debo agradecer y por la que le tengo que rendir tributo. Por ello, confío plenamente en que lo tendréis en tanta mayor estima, me pase a mí lo que me pase.»

Según nos dice la historia, el intrépido héroe recibió, por el amor de una mujer a la que había servido, un tesoro valorado en mil marcos. Si un judío quisiera aún hoy una fianza, lo aceptaría sin tener ningún motivo para rechazarlo. Se lo envió una de sus amadas. Obtuvo, pues, ganancias por su servicio a la mujer, pero no se curó de sus penas de amor.

El héroe se despidió. Sus ojos no volverían a ver nunca más a su madre, a su hermano y a su país; para muchos fue una gran pérdida. Dio sus sentidas gracias a todos los que antes de partir le habían hecho regalos de cualquier género. Le parecía excesivo. Su buena educación no le movía a pensar que estuvieran obligados a ello. Su ánimo era muy recto. Mas el que se alaba a sí mismo a menudo no es creído: deberían pregonar lo los vecinos y los que hubieran visto sus hazañas cuando estaba fuera del país, pues a ellos se les creería.

Gahmuret se regía por la justa medida, y no por la suerte. Se alababa poco, recibía paciente los grandes honores y no se dejaba llevar por la simple voluntad. Pero pensaba el valiente que no quería pertenecer a las mesnadas de nadie que llevase corona, fuese rey, emperador o emperatriz, a no ser de aquel que tuviese el mayor poder de todos los países de la tierra. Este deseo estaba vivo en su corazón.

Entonces oyó que en Bagdad existía un gobernante tan po-

deroso que dos tercios o más de la tierra le estaban sometidos. Su nombre pagano era muy noble: se le llamaba el califa⁴. Su poder ejercía tal atracción que eran sus siervos muchos reyes con corona y le servían como vasallos. Todavía hoy existen los califas. Así como se practica en Roma la ley cristiana, a la que nos obliga el bautismo, allí se pueden ver las normas paganas. En Bagdad ejercen su derecho papal (lo consideran perfectamente correcto) y el califa les pone la penitencia por sus pecados.

A dos hermanos de Babilonia, Pompeyo e Ipomidón, el califa les tomó Nínive, que había estado antes en manos de sus antepasados. Ellos se defendieron con todas sus fuerzas. Precisamente entonces llegó el joven de Anjou, al que el califa recibió muy amistosamente. Gahmuret, el noble señor, recibió su soldada por servirle. Le permitió ahora llevar un escudo de armas distinto del que le había otorgado Gandin, su padre. El noble héroe, como símbolo de sus deseos, lucía sobre la gualdrapa un ancla, cortada de blanca piel de armiño; los mismos blasones llevaba en el escudo y en el vestido. Más verde que la esmeralda era la gualdrapa de su cabalgadura, del color del ajmardí⁵. Es esta una tela de seda, mejor que el terciopelo: de ella mandó hacer la guerrera y la capa. Encima se cosieron anclas blancas y se adornaron con cordeles de oro. Pero sus anclas no tocaron tierra firme, ni siquiera los lugares de la costa. Nunca encontraron fondo. El señor tuvo que seguir llevando el peso de este blasón por muchos países, como noble huésped; tenía el símbolo del ancla, pero en ningún sitio se concedía ningún tipo de parada o de descanso. ¿Cuántos países recorrió a caballo o en barco? Si tuviera que jurároslo, os daría mi palabra de caballero: tantos como dice la historia; no tengo más testimonios. Y la historia indica que su fuerza heroica resultó victoriosa en tierras paganas, en Marruecos y en Persia. También venció en otros lugares: en Damasco y en Alepo; por doquier donde había luchas caballerescas, en Arabia y ante la ciudad de Arabí, ganó tal fama que nadie de sus iguales osaba enfrentársele en singular combate. Su corazón ansiaba la gloria: al lado de la suya, palidecía la fama de los otros o incluso quedaba aniquilada. Bien lo sentía el que justaba con él. Se decía de él en Bagdad que su valentía era imparable.